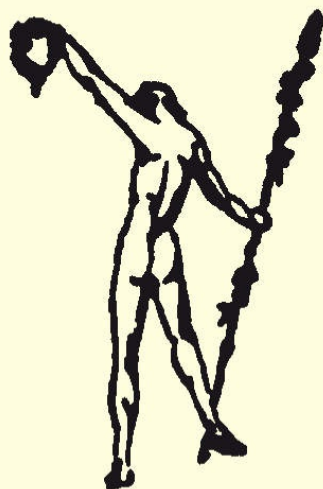


BIBIANA COLLADO CABRERA

EL RECELO DEL AGUA



ADONÁIS

655

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

EL RECELO DEL AGUA

BIBIANA COLLADO CABRERA

EL RECELO DEL AGUA



ADONÁIS

655

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

© 2017 *by* Bibiana Collado Cabrera
© 2017 de la presente edición, *by*
EDICIONES RIALP, S.A. - Colombia 63 - 28016 Madrid
ISBN: 978-84-321-4783-8
ePub producido por Anzos, S. L.

I. SURCOS

TODAVÍA noto, a veces,
el terror opaco a no saber
de qué canción hablabas,
a no haber visto la película
correcta,

a no reconocer un nombre propio
en mitad de una conversación.

Esa duda honda y ruidosa
de los que aún sienten
la extrañeza del lenguaje,
aunque haga mucho
que volvieron a casa.

Y percibo los surcos en la superficie,
imperfecta, incapaz de adherirse
a un mundo que siempre está
en otra parte.

El temor a ser descubierta,
a que el habla se me resquebraje.

Tú no lo sabes. Yo no lo sabía entonces
pero te escogí para que sospecharas.

Fracasadas todas las tentativas,
vivo el colapso del referente
y de mi cuerpo,
entrenado en el gesto mínimo,
en la contención de los músculos.

Cansada de producirme en símbolos ajenos,
decido que la niñez es intransferible
y que tengo muchas cosas que explicarte.

II. ¿QUÉ MÁS PUEDO DARTE?

*Entre borrascas mi amor,
y mi regalo en la herida.*

SANTA TERESA

FINIS TERRAE

EMPEÑADOS con vehemencia en el olvido,
guardamos las fronteras con dragones.

Los mapas de nuestros pasados
rebotan de *finis terrae*,
cada amor agotado en su sierpe.

Vencido el breve espacio del ahora,
confusa en la conquista de los límites,
habrá que dejar de luchar
contra mí misma.

Abandono la ficción de las fronteras.
Cada uno de los confines
de esta tierra me señala.

LO QUE QUEDA

UNA breve superficie rugosa
levemente oscurecida.
Eso es lo que queda.
La huella de la quemazón.

Un bar en frente de la guardia
civil. Remotos cumpleaños
con puntillas entre las cajas
del almacén. La reja de un colegio
que ya no existe.

Nada está en su sitio.
Ni siquiera la breve mancha
que se ha reacomodado en algún pliegue
de la mujer que siguió a la niña.

Vuelvo y busco obsesivamente
las nuevas tiendas que se han abierto
en estos años. Esperando
que cada imagen se desenganche
de su respectivo rincón.

Anular el desarreglo del espacio,
la luz opaca de las mañanas,
la parálisis anárquica del cuerpo
ante la posibilidad oblicua
del encuentro y la certeza
de que no parecemos lo bastante
felices.

Nada está en su sitio.
Tan solo la guardia civil.

Eso es lo que queda.
El tacto de la breve superficie

rugosa y el obcecado recuerdo
de un padre que sostiene a una hija
en brazos, sin soltar el puro
de la mano derecha.

LAS MANOS

I

LAS manos de mi madre
tienen el olor ácido
de las naranjas —y las uñas negras—.
Quince minutos de descanso.
Un termo de café.
Cuatrocientas mujeres en una nave
industrial apilando cítricos.

Tienen el olor de lo casi podrido
y recolocan con prisa las sábanas,
temerosas de corromper
la niñez con el aliento exhausto
de los días.

En los recuerdos infantiles,
mi madre no tiene manos.
Y las fotografías obturan
la aspereza y las astillas
de los cajones.

También para ella,
crecer era escapar del escozor.

Tiempo de madrugadas escarchadas
donde miedo de madre y de hija
se confunde.

II

FINGIMOS haber coincidido
en algún punto de la edad adulta.
Fingimos que mi padre

es cualquier hombre y no entendemos
porqué ellos duermen plácidamente
mientras nosotras velamos.
Fingimos complicidad y, a veces,
hasta nos la creemos.
Pero el peso es demasiado grande.
Pagamos el café y nos vamos,
antes de que alguna de las dos
exhiba demasiado su tristeza
y no podamos evitar sentir
que algo hemos hecho mal.

III

YO vuelvo de vez en cuando a casa
e intento devolverle
las manos a mi madre.
Recuerdo con ella aquel tiempo,
ya sin madrugadas escarchadas,
y difumino con paciencia el escozor.

Hoy preparamos juntas la ropa de cama
para la enfermedad venidera
y nos miramos, en silencio,
sin atrevernos a preguntar
si estaremos a la altura.

Otra vez los miedos confundidos.
Quizá ahora, al menos, lo sepamos.

MANUALES HEREDADOS

MANUALES heredados de padres
y abuelos de otros.
Los míos estaban en el campo,
el esparto no llegó a absorber la tinta.

Hubiera querido que la inocencia
de nuestras cartulinas de colores
hubiera sido izada con las cañas
usadas para varear los almendros.

Pero el cerro es ya una piedra
donde sentarse a inventarnos los ayeres.
Las lindes no se aprecian desde el llano.

El sol de este domingo no refulge.
Sentados en el parque distinguimos
las urnas-dormitorio donde acecha
la verdad proclamada de la infancia.

MARÍA

CADA mañana el mundo aparece blanco
y ella emprende con ahínco la tarea
de volver a crearse en el lenguaje.
Recompuestos unos pocos nombres,
adjudica a cada objeto un uso,
incluido su propio cuerpo.

Lo cotidiano se ha convertido
en perturbadoramente extraño.

Desconcertada,
se acerca a cajones y baúles
y palpa los restos de los ajuares
que las hijas no quisieron llevarse
—ni hablamos, por supuesto, de las nietas—.
Mientras tanto, Marta, que permanece
y la *cuida*, busca con obsesión
la dignidad en la limpieza.

La niñez, altiva, es la única
que persevera en su memoria.
Aunque nadie sabe a ciencia cierta
si el José de sus murmullos llegó
por fin a la ermita o si su padre
partió el cayado contra la higuera.

PEQUEÑA MARAÑA

LA pequeña maraña nerviosa
de mi cuerpo colapsa.

Desde niña, el aire se me quiebra
en la boca y los ojos
rompen en mil pedacitos
las formas que me rodean.

Cuando deseo muy fuerte,
ese minuto, justo antes,
cuando retrasas el momento
de leer el mensaje, de apagar
la luz, de guardar por fin aquel
vestido en el armario.

Cuanto mayor es la certeza
de la futura herida,
más honda es la ceguera del sonido,
más oscura la cueva que lo alberga.

Y a veces, la imagen se ha enturbiado
de tal modo que, aunque no me espere
el filo hundido en la otra parte,
tardo más tiempo del que debo
en recomponer los prismas del mundo.

Por eso, retraso el momento de bajar
y espero a que el vagón se vacíe
mientras recompongo la forma
de mi abrigo, con la misma ansiedad
con la que recompondré el mundo
cuando baje y no te vea en la salida.

VILLA OLMEDO

TRABAJAR sobre la piedra rota,
pulir los márgenes sin ocultar las fisuras,
extraer el vivo color del fragmento quebrado,
hacer del despojo tesela con que jugar a la unidad
que se sabe mentira, que se sabe truncada.

La torva belleza de los añicos recompuestos del vidrio
que todavía es capaz de reflejar la frontera
verosimilitud de los cuerpos.

Lo incompleto de algunas figuras
nos enfrenta a la percepción de un falso todo
y devuelve la mirada hacia la rugosidad del detalle,
hacia lo mínimo imperfecto,
empeñado en la ardua empresa de la representación.

Escondida como Aquiles en Skyros,
ejercitada en el uso de identidades extranjeras,
mis esfuerzos no han servido para nada.
Mi engaño es parte ya de la misión cumplida
y mi contorno está integrado en el mosaico.

MARÍA II

Tibi post haec, fili mi, ultra quid faciam.
Inscripción visible en el vestíbulo del
Real colegio seminario de Corpus Christi.

EL PATRIARCA.VALENCIA.

LA claraboya rompe
la estragada penumbra
de la habitación del fondo.
Y su cuerpo nonagenario
acuartela la luz
con la tenacidad de su estatismo.

El sonido de la bandeja,
de pronto, la perturba
—un leve parpadeo lo señala—.
La hija se acerca despacio
y la enfrenta al ajeno hábito
de tener hambre.

Se acerca, parte el pan
y se lo da diciendo:
Coma madre, que apenas
ha probado bocado.
Después, le llena la copa
y se la da diciendo:
Beba usted despacito,
no se vaya a atragantar.

Después de limpiarle las comisuras
se sienta en una silla a poca distancia.
Hace ya cuatro años
que dejó de reconocerla.

María, en un murmullo, responde:
Amén.

DESALOJO

CON el trazo izquierdo, el más inexacto,
firmo el desalojo de esta casa.

Repaso baldas y mesillas,
busco la seguridad de sus puntos
ciegos. Y doblo una y otra vez
sobre sí mismos
los bordes que sellan nuestra huida.

Derroco los espacios uno a uno,
los libero de la pena negra
de no habernos guardado en sus entrañas.
Exculpados, me esfuerzo en convertirlos
en perfil, en anudarlos a una mirada
de soslayo, mientras empujo con innecesaria
lentitud cada una de sus puertas.

Me impongo un silencio sarmentoso
al dejar las llaves sobre la mesa.
Y antes de despedirme,
me permito el error último.

...y recuerdo cómo anhelamos
la punzada de la rabia
para no flaquear
en el momento de los cierres.

EL BESO DE JUDAS

O El prendimiento de Cristo.

CARAVAGGIO

UNA incisión de luz desgarrar el lienzo,
quebradas las figuras emergen
del estanque de negrura en que fondean.

Un haz imposible transfigura las manos
de un hijo cuya entrega
no por sabida será menos dolorosa.
Esto no es la vida
parece decirnos el quimérico foco
que el pintor fuerza contra natura.

Aceptar es permanecer
entre el que huye aterrado
y el que se acerca con la traición en los labios
bajo la sombra de la guardia acechante.
Este no es el final
parece decirnos el gesto paciente,
la recepción serena del porvenir turbado.

Pero un aciago rubor le entorna los ojos
mientras siente el leve tacto en la mejilla.

Y la mirada nos tiembla al comprobar
cómo lo humano se abre paso:

es Dios y tiene miedo.

III. MAESTRAS DE FRANCÉS

*Que aqueste no acordarme no es olvido
sino una negación de la memoria.*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

MARÍA III (interludio)

EL agua truena contra la tapia de la galería,
la hija recorre su estrechez con pena ávida,
sin saber qué hacer con los quince minutos
que se ha dado mientras María parece dormir.

Huele los jabones almacenados,
descargada del espeso aire de la habitación;
mira la pica medio derruida
y se pregunta si arreglarla merece la pena;
vuelve a su ir y venir,
repasando los extremos de la zanja.

Teme —o se convence de que teme—
y se asoma a la puerta e intenta
escuchar en el silencio,
comprobar que respira.

Duda un segundo si salir a la calle,
si observar la lluvia sobre los adoquines
con cualquier excusa, quizá un recado,
aunque ella no necesite más
que su presencia toda.

Caminar hasta la tienda más cercana
y detenerse en el escaparate
sólo para regocijarse
con la presencia de lo nuevo.

Y, al pensarlo, siente la culpa
de los visos y peinadores
que sin estrenar continúan guardados
donde la obstinada precaución de la pobreza
los ha dejado durante tantos años
por si acaso.

Quizá salir sin rumbo,
sólo a estirar las piernas.
Caminar hasta la plaza y volver,
saludar a alguien que entra
con prisa en un portal y pregunta:
«¿cómo está tu madre?».

Después de meditarlo, se decide
a ir a la farmacia. Ya estamos a finales,
quizá le adelanten los medicamentos
del mes siguiente.

Con una voluntad abrupta, se coloca
la chaqueta y gira la llave.
Serán sólo diez minutos.

Cuando va a cruzar el umbral,
la oye toser. Se mueve entre las sábanas,
está despierta.

Da media vuelta,
quién sabe si aliviada.
Tal vez pueda salir más tarde.

MIMO

GANARLE el espacio
al tiempo que resta,
aquietar durante unos segundos
la permanencia vibrante
del duelo.
Lograr que no lo logren:
llamar espina a la espina,
sin placer, sin oro agudo.
Acabar con esta fascinación hipnótica
hacia la superficie quemada. Debería,
rota la cuerda —lo sé, hace tanto—,
dejar que devenga la no-paz del silencio.
Pero a ti no voy a mentirte
a estas alturas.
Cultivo con detalle y mimo
un daño obsoleto.

TRAJES AMARILLOS

I

MI madre tomó la primera comunión
con un traje amarillo,
el único que recuerda de su infancia.

Aquel día no hubo familia,
ningún acompañante,
tan solo los niños solos

junto a las monjas que los invitaron
a una taza de chocolate
en la alegría torpe y áspera
de una salita sin ventanas.

Los hijos de los cabreros
son una masa huérfana,

para borrarles la miseria
por un rato,
les borraron los padres
y las chozas.

II

AL cumplir catorce años
decidieron bajar del cerro.

La pobreza refundada en la llanura.
La alegría parca de la supervivencia.
La nostalgia de mercurio urdiéndose
en las palabras de los recién llegados
a las bondades afiladas del pueblo.

Catorce años y doce horas al día
remachando bolsos en una fábrica
junto a otras tantas muchachas casaderas.
El fragor de la espera amortiguado
por el golpear de las planchas de acero.

Y un breve paseo los domingos
hasta la confitería de la plaza
donde comprarse un dulce de merengue
que allí llamaban *libertad*.

Después vendría la boda sin fotógrafo,
las nuevas mudanzas, las vendimias,
los camiones al amanecer, los hijos
con que resarcirse del hambre
y los padres que envejecen
y, en delirios, creen haber regresado
a lo alto del cerro.
Pero todo eso será después.

Entonces, con aquellos catorce años y doce horas
todavía notaba un sobresalto
al oír las campanas repicar tan cerca.
Y el trazado de las calles agolpadas a sus ojos
la sorprendía en la búsqueda del horizonte.

Entonces, que no se engañe nadie,
no eran felices sino jóvenes.
Aturdidos por el zumbido del origen
en algún momento dejaron de escucharlo.

Cuando la hija del patrón comulgó por primera vez,
les dieron libres unas horas
y participaron, mesa aparte, del banquete.

Sumergida y ajena, a la vez, en el festejo
mi madre decidió
no recordar su traje amarillo.

DEBAJO DE LAS UÑAS

DEBAJO de las uñas,
ahí es donde se sienten
los perros desbocados de la sangre.

Ocultos en los pliegues y en las sombras
tensando la carne en su delirio,
ahí es donde retienen
los añicos de vida que nos quedan.

Quebrado el umbral de resistencia,
llega el latigazo y el aullido en desbandada.
Incapaces, los tendones han cedido.
Las fieras ya corren por el monte.
Acerquémonos a comprobar
las riendas rotas.

MARÍA IV

SI fuera tierra lo que ensucia sus uñas
—hace tanto que sus manos no se hunden
en los terrones arenosos—,
todo sería diferente.

La hija le restriega los dedos
con un cepillito de cerdas blandas
para conseguir no herirle la piel.

Le ha quitado, con esfuerzo,
los pequeños pendientes de oro,
hundidos en la carne que se empeña
en cerrarse sobre sí misma.
Ha decidido que no se los volverá a poner.
No quedan espejos en la casa.

Le toma un brazo y luego el otro
y frota, con un paño húmedo, las axilas.
Le levanta un pecho y luego el otro
y cura las llagas ocultas
en las dobleces del cuerpo.

Cuando pretende volver a colocarle el sujetador,
una música irrumpe desde lejos
—tarda unos segundos en recordar
que esta noche velan a la virgen
en la calle de al lado—.
María se pone en pie, tambaleante
pero con determinación y casi corre
por el largo y estrecho pasillo
hacia el afuera.

Con la fuerza del milagro, no se cae.
Imposible detenerla ante lo imprevisto
de la huida, medio vestida

llega hasta la entrada.

La orquesta desfila frente a su puerta
Ella se detiene en el umbral y llora.

La hija, también.
Ni siquiera intenta ya
cubrirle el busto.

CAMPO FRANCÉS

NO fue maestra de francés
pero vivió en Francia.

Se marchó recién casada
y trabajó hasta el octavo
mes de su primer embarazo,
oculto a encargados y señoritos
que nada sabían
de tierras secas y remotas.

Compartía el relato del dolor
con una portuguesa
que había cruzado a pie los Pirineos
quién sabe huyendo de qué temores.

Parió muy cerca de Colliure,
sin saber quién había sido don Antonio;
y vivió al lado de Argelès
sin conocer la larga travesía de Max Aub.

Ella nunca fue de ninguna parte
porque nunca estudió bachillerato
—tampoco las primeras letras—,
por eso no echaba de menos
la dureza de los almendros.

Cuando se fue,
no había vuelto la cara llorando
como aquel Cid Campeador
de cuya leyenda nada había oído;
ni como el emigrante
de la canción de Juanito Valderrama,
de la que sí recordaba completa
la letra de memoria.

Allí, en el campo,
no aprendió francés, sino catalán,
aunque ninguna de las lenguas
las llegara a escribir.

Pero bendijo las vides
que les permitieron tener
por fin un cuarto propio
y acogió a hermanos y primos
en la parada de su viaje largo
hacia una Alemania
de nuevas carreteras que asfaltar.

Vivió en Francia
pero no fue maestra.

Que a nadie se le olvide.
Las hijas de los cabreros
no estudiaron francés.

IV. CIERRE

HOY decido enunciarme
desde los relatos de la tierra dura
y los inviernos de piedra y cal
que no he vivido.

Hoy decido que yo
debería ser feliz
porque mi vestido fue blanco,
porque no vi partirse
cayados contra las higueras
ni me herí las manos con las vides.

Debería estar siendo feliz
porque yo sí sé quién es don Antonio
y leí sobre la tierra de mis padres
en los cuentos de Max Aub.

Porque yo sí soy maestra
aunque no haya vivido en Francia,
aunque conserve y disimule
el miedo ancestral
de los de abajo
a no saber nunca lo suficiente.

Será porque guardo
la memoria del frío en los huesos,
el recelo del agua en el pozo,
las palabras del hambre en las manos.

Y un temblor hondo que ata
cada vez que miro a mi madre
que también se llama María
y aún recuerda a qué edad
bajó del cerro.

CAMINO ROMÁN

ACCIDENTE



ADONÁIS

656
EDICIONES RIALP, S. A.
Madrid

Accidente

Román Álvarez, Camino

9788432147852

64 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Accésit del Premio Adonáis 2016 "por el encanto de unos poemas en los que destacan la frescura de su imaginación y la gracia de sus intuiciones".Efectivamente, a través de un lenguaje cargado de cotidianidad, ocurrente, ingenuo, a veces inesperado y caótico, la autora expresa su modo de involucrarse en el mundo, ligándose así a una variada tradición de poetas que van desde Wislawa Szymborska hasta Mark Strand, Charles Simic, Anne Carson o Gloria Fuertes. A primera vista, el libro no parece hablar más que de asuntos y objetos triviales, recurrentes, sin orden ni concierto, pero en una lectura de más calado, el lector descubre que, en realidad, ahonda en cuestiones de viva actualidad en la sociedad contemporánea, como la soledad, el desamor, la incomunicación o la melancolía, a la vez que revela algunas implicaciones negativas que conlleva el uso del móvil y del ordenador en las relaciones humanas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

John Henry Newman
El sueño de un anciano



selección **doce uvas**

RIALP

La Novena Sinfonía de Beethoven

Newman, Cardenal John Henry

9788432144066

104 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Consciente de la enorme capacidad formativa de la música, Beethoven intentó abrir un camino hacia la felicidad. Su Novena Sinfonía es una festiva proclamación de la unión fraterna y el respeto al Creador. Escuchada así, no solo emociona su alegría: sobrecoge también el mensaje de esperanza y la ternura que transmite su armonía. Así lo muestra el autor en este original y breve ensayo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER
OBRAS COMPLETAS

EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

TEXTOS DE LA PREDICACIÓN ORAL

Edición crítico-histórica
preparada por
LUIS CANO y FRANCESC CASTELLS

INSTITUTO HISTÓRICO
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

RIALP

En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

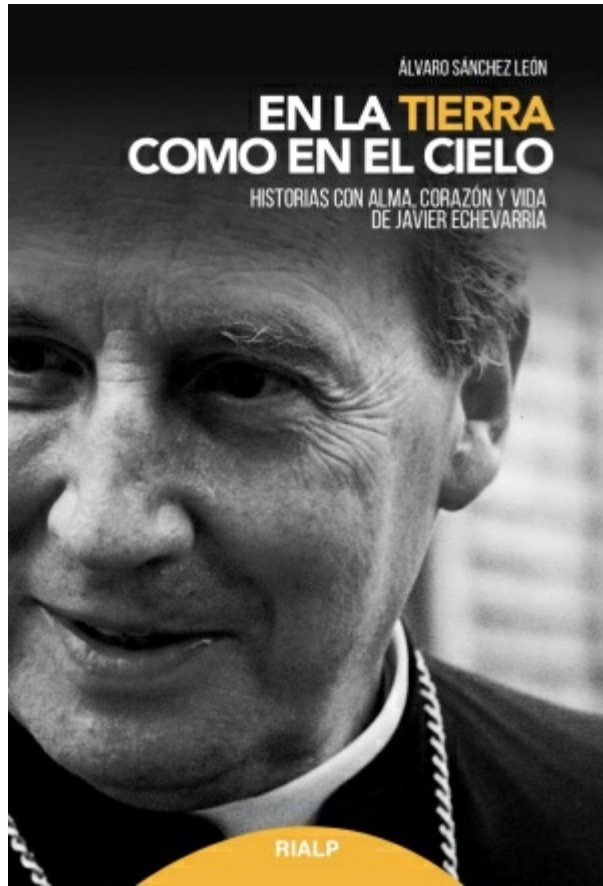
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

I. SURCOS	5
[TODAVÍA noto, a veces,]	6
II. ¿QUÉ MÁS PUEDO DARTE?	7
Finis terrae	8
Lo que queda	9
Las manos	11
Manuales heredados	13
María	14
Pequeña maraña	15
Villa Olmedo	16
María II	17
Desalojo	19
El beso de Judas	20
III. MAESTRAS DE FRANCÉS	21
María III (interludio)	22
Mimo	24
Trajes amarillos	25
Debajo de las uñas	27
María IV	28
Campo francés	30
IV. CIERRE	32
[HOY decido enunciarme]	33